

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Resoluciones de Denver en que se reafirma la posición doctrinal de la Iglesia Luterana - Sínodo de Misuri	1
El lugar del servicio cristiano	3
La Federación Luterana Mundial y el Movimiento Ecuménico	6
¿Qué significa en la práctica la lealtad a nuestras Confesiones?	19
¿Fue San Pedro el Primer Papa	21
La Teología de la Revolución y Tomás Muenzer	24
Los navios rotos de Josafat	30
Bosquejos para sermones	36

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

lista o apóstol, San Lucas, San Juan, San Pablo, etc., cuyo nombre lleva la iglesia respectiva, o pueden colocarse allá también buenos símbolos de la vida cristiana, tales como la vid.

F. L.

LA FEDERACION LUTERANA MUNDIAL Y EL MOVIMIENTO ECUMENICO

(Continuación y conclusión)

I.

¡Qué tarea inmensa habría sido para los luteranos en Lund, proclamar como la última iglesia confesional capaz para esto, un programa ecuménico de tal clase o por lo menos iniciar antes de entrar en el Consejo Mundial los pasos necesarios en este sentido! Entonces la Federación Luterana Mundial habría podido formarse como la organización de aquellas iglesias luteranas que estaban dispuestas a colaborar por su parte en la estructuración del Consejo Mundial de Iglesias como un Consejo de las grandes iglesias cristianas confesionales. Este Consejo Mundial debía ser fundado sobre la base de la histórica fe cristiana, de que todas participan, una federación de corporaciones confesionales que entonces podría entrar en las discusiones para superar las diferencias. En sí esto no habría sido imposible. Pues aun el Consejo Mundial en su forma actual tiene ciertas normas para ser miembro, y no solamente se contempla la importancia de la iglesia que solicita ser miembro o cuestiones organizatorias semejantes. El Consejo no puede recibir a cualquier secta. Sólo pueden ser recibidas aquellas iglesias que aceptan la "basis". La base antigua resuelta en Amsterdam, realmente era insatisfactoria y debía ser concebida de nuevo. Los luteranos exigían que fuesen mencionadas las Sagradas Escrituras, los ortodoxos requerían una confesión clara de la santa Trinidad. Las iglesias liberales no querían nada de todo lo que huele a dogma. Los americanos no querían renunciar a su evangelio social (Social

Gospel) con la meta de transformar el mundo hasta tal punto que pueda llamarse el reino de Dios en la tierra. Para satisfacer a todos se aprobó como nueva base lo siguiente: "El Consejo Mundial de Iglesias es una comunidad de iglesias que de acuerdo a las Sagradas Escrituras confiesan al Señor Jesucristo como Dios y Salvador y que por lo tanto tratan de cumplir con su encargo común para la gloria de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo". Los ortodoxos aceptaron esta formulación porque, según su entendimiento, contenía una confesión de la Trinidad. Los liberales la aprobaron como fórmula litúrgica sin compromiso dogmático. Los luteranos aparentemente no se daban cuenta de que faltaba una confirmación de la autoridad de las Sagradas Escrituras. Por cuanto se espera solamente la aceptación de la fórmula, pero no una interpretación determinada de ella, todos se sienten felices exceptuados los unitarios que en Inglaterra ya formaban parte del British Council of Churches. Hay, sin embargo, ya numerosos unitarios afiliados a las iglesias del Consejo Mundial. ¿Pero podía la Federación Mundial tomar en 1947 o más tarde una posición más clara? La respuesta debe ser: "No".

No era el supuesto interés nacional, sino mayormente la debilidad de los luteranos y los consecuentes deseos de Karl Barth y del creciente vaticano de Ginebra lo que impedía una victoria del principio confesional sobre el territorial. Los obispos que con mala conciencia admitían en Alemania que las exigencias de la confesión fueran rechazadas, ¿cómo podían ellos sostener en Lund o Amsterdam las mismas exigencias? ¿Y los escandinavos? Suecia que por casualidad histórica había mantenido la sucesión apostólica, había establecido la intercomunió con Canterbury, cuando la conferencia obispal sueca de 1922 hubo sancionado el convenio que en 1920 ya había sido aceptado por Lambeth. Aun en 1922 Soederblom tuvo que defender esta medida contra los luteranos suecos conscientes de su confesión que llamaban la atención al hecho de que la iglesia de Inglaterra niega muchas doctrinas de la iglesia luterana. En 1947 ya no se levantaba en Lund ninguna oposición contra esto.

Entretanto, de la intercomunió se ha llegado a la completa comunió; p.ej. en cada ordenaci3n de obispo sueca

toma parte activa un obispo anglicano, hasta en los campos misionales suecos en India y Africa. En Suecia se defiende como *adiaphoron* la “sucesión apostólica”, como realmente toda otra forma del rito de la ordenación es una cosa intermedia, un rito que ni está ordenado ni prohibido por la Palabra de Dios. Y esta disculpa es reconocida por todas las iglesias de la Federación Mundial. Nadie parece pensar en el artículo X de la Fórmula de la Concordia que establece expresamente que “*in casu confessionis aut scandali*” —i.e. cuando se exige de la iglesia y sus dirigentes una confesión clara— “*nihil est adiaphoron*”. De hecho la iglesia de Suecia tiene en tanta estima la “*sucessio*” que muchos pastores suecos consideran por lo menos insatisfactoria la ordenación practicada en otras iglesias luteranas. No sabemos si esto vale también para el caso de los pastores femininas con que Dios ha castigado a la iglesia sueca y otras. Esta plaga se propaga por todo el mundo. Hay miles de mujeres ordenadas en las iglesias protestantes, 500 de ellas en Alemania (182 en las iglesias luteranas, 4 en reformadas, las restantes en las iglesias unidas). La Federación Luterana Mundial ni podría discutir este problema. Que nos guste o no, que comprendamos la regla neotestamentaria o no, existe una orden clara que Pablo nos transmite como orden del Señor (1. Cor. 14:33-37), que el ministerio público de la Palabra y de los Sacramentos no debe ser administrado por mujeres. Parece que hemos llegado a un punto donde la tradición humana comienza a gobernar la iglesia mientras que se rechaza la Palabra de Dios y son calumniados como legalistas no-evangélicos todos los que toman en serio un mandamiento divino. ¿Cómo habría sido posible, en fin, para la iglesia de Suecia criticar las propuestas inglesas de unión? ¿Cómo habría podido abogar en Amsterdam y en las siguientes asambleas y acciones del Consejo Mundial de Iglesias por una confesión evangélica?

¿Y cómo es la situación de las iglesias luteranas en América? Ellas habrían sido las autorizadas para hablar y actuar en este tiempo en favor de la confesión luterana. En los 20 años que pasaron después de la fundación de la Federación Mundial aumentaron en magnitud y respeto entre los hombres —si también en sabiduría y gracia para con

Dios— esto es otro asunto. Ellas han enviado a sus hombres jóvenes a Europa para que consigan un grado académico, preferentemente uno alemán, que es considerado como señal de perfecta sabiduría y conocimiento. Vendrá el tiempo en que nuestros hermanos americanos se den cuenta de que la pura sabiduría y una “teología auténticamente científica” no podrán salvar la iglesia. Si pudiéramos desear algo a la nueva generación de nuestras iglesias hermanas americanas, entonces sería el don de gracia de poder discernir a los espíritus y aquella “crítica” que desde los tiempos de los grandes pensadores griegos creó la ciencia en el mundo occidental. Es el arte de la “crítica” que fue definida por Platón como la tentativa de entender la esencia más profunda de la realidad sin destruirla (“*sozein ta phainomena*”). Fue una falsa teología crítica la que destruyó la Palabra de Dios en vez de interpretarla. Falsa y un escándalo para la iglesia es una teología que disuelve la sustancia dogmática de la fe bajo el pretexto de aclararlo o de explicarlo en “términos” que el hombre moderno está dispuesto a aceptar. Es una verdad que vale para los hombres de todos los tiempos. “El hombre natural no conoce nada del Espíritu de Dios”, tampoco el hombre de nuestro tiempo que, según dicen, se hizo mayor de edad.

Esperemos que nuestros hermanos jóvenes en América se hagan un poco más críticos, no solamente frente a sus padres o sus iglesias, sino también frente a las iglesias de otros continentes. Ellos debieran preguntarse a sí mismos cómo se hizo posible que las iglesias de Europa reconocieron tan faltos de juicio todas las pretensiones de los anglicanos. ¿Por qué no investigan estas pretensiones ni los historiadores de la Iglesia, ni los teólogos dogmáticos ni los prácticos? ¿Por qué no pregunta nadie en un tiempo de supuesta investigación bíblica profunda, qué dice el Nuevo Testamento sobre la iglesia, su unidad y su ministerio? ¿Por qué aceptamos como evidentes todos los términos modernos del movimiento ecuménico? ¿Quién nos dice que Dios quiere que todos los que se llaman a sí mismos cristianos, estén unidos en una gran iglesia exterior? Por cierto, no nuestro Señor y sus apóstoles. Esto se mete al Nuevo Testamento. ¿Quién inventó la idea de que la Iglesia como el cuerpo de Cristo consiste

de iglesias y que infelizmente este cuerpo está dividido? El cuerpo de Cristo no puede ser dividido ni el sacramental ni el espiritual. "A sumente non concissus, non confractus, non divisus, integer accipitur". ¿Quién inventó el mito de la "antigua iglesia indivisa" que en una iglesia reunida del futuro debiera ser "reunida"? ¿Quién presentó la idea de que podremos conseguir la unidad por medio del diálogo? En algunos casos esto podrá ser posible, en otros no. Pero por cierto es completamente imposible si este diálogo tiende a un mínimo de doctrina, y esto en fórmulas de compromiso.

Se ha escrito bastante en nuestros días para superar las diferencias doctrinales con respecto a los sacramentos. Pero hasta hoy no se ha encontrado ninguna fórmula que podría allanar el contraste entre aquellos que enseñan que el bendecido pan es el cuerpo de Cristo, y aquellos que enseñan que no lo es. Aun cuando en Holanda, la patria de Cornelis Hoen, de quien Zuinglio adoptó esta doctrina, hasta los mismos católico-romanos se esfuerzan por tal compromiso, proponiendo la nueva doctrina de la "transsignificatio", queda, no obstante, la alternativa ("en Holanda todo se transforma en la iglesia, con la sola excepción del pan y el vino"). Y todos los compromisos sobre la eucaristía y el santo bautismo ya se hacen ilusorios por el hecho de que cada vez que la unificación parecía haber sido ganada, se levantan los representantes de los cuáqueros y salvacionistas declarando que todo está muy bien, pero que en realidad los sacramentos exteriores no son necesarios. Entonces se puede tratar de convencerlos de que se han equivocado. Pero en el momento que un cuáquero lo admite, ha terminado de ser un cuáquero y debe ser reemplazado por otro cuáquero. De este modo el diálogo debe ser continuado hasta que el último de la "sociedad de los amigos" haya aceptado los sacramentos. ¿Y el diálogo mismo? Ya podemos oír noticias alarmantes de que nuestros hermanos separados en Roma, una vez que hayan conducido a las otras iglesias de nuevo a una iglesia católica renovada, quieren extender el diálogo a los judíos, mahometanos, budhistas, marxistas y ateos.

Pero con esto puede suceder que se hagan transparentes no sólo los muros entre las denominaciones cristianas sino también otros muros, (Schlink). Citamos sólo un ejemplo. En

la reunión del consejo internacional de misión en Tambaram (Madrás) de 1938 habló el americano Walter M. Horton de su amistad con un sacerdote budhista en Japón, "a quien hasta hoy considero como mi hermano en Cristo. Me regaló un cuadro del Budha . . . , que para él simboliza perfectamente el espíritu y la posición exigida por su confesión sencilla: purificar el corazón del mal y esforzarse a que este mundo se haga el reino de Dios. Hay sobre la faz del Budha una fina sonrisa de autosatisfacción que me recuerda el gran abismo que siempre existe entre la autodisciplina budhista y la fe cristiana en la gracia frente a los pecadores. Pero tan pronto como yo hablaba con aquel que me regaló este cuadro, ya no existía este abismo. Diferencias de tradición parecían desaparecer frecuentemente en reuniones ecuménicas entre cristianos de distintas denominaciones. Y nuestras almas se encontraban en algo que difícilmente puede definirse con palabras e ideas y que, sin embargo, es una gran realidad. Si yo en cualquier forma pertenezco al cuerpo de Cristo, entonces él también forma parte de Cristo. Sería para mí una blasfemia del Espíritu Santo, del Espíritu de Dios que sopla donde él quiere, si yo negase que mi hermano budhista también tiene su lugar en este cuerpo. Cuando el otro día me animé a decirlo a un grupo de cristianos en Cobe, me recordaron implacablemente que "ningún otro nombre bajo el cielo fue dado a los hombres en que serán salvos". Pero para mí pensé que prefería tener el Espíritu sin el Nombre que el Nombre sin el Espíritu". Tal es el fin del diálogo si es continuado en forma consecuente. Todos nosotros debemos amar a nuestro hermano pagano en Adán. El es un pecador como yo soy un pecador. Pero considerarlo, tal como es, como hermano en Cristo, esto es una negación de Cristo, el único Salvador de los pecadores, como también del Espíritu Santo, del Dios viviente y de su Palabra.

II

¿Pero cómo se explica que ninguna de las iglesias era capaz de someter a una crítica eficaz el movimiento ecuménico tal como éste se ha organizado en el Consejo Mundial de Iglesias? Se nos contesta: Naturalmente, todos las crítica-

mos. Todos nosotros rechazamos tales exageraciones como aquella afirmación de Horton. Por eso tenemos una Federación Luterana Mundial que en Ginebra está discutiendo constantemente con el Consejo Mundial de Iglesias. ¿Pero por qué está en Ginebra? ¿Por qué sus hombres dirigentes deben desempeñar altos puestos en las organizaciones más importantes del Consejo Mundial? ¿Tal vez para impedir que este Consejo empeore aún? Ya no puede empeorar más. ¿Y qué han conseguido en él las iglesias luteranas? Debemos aportar nuestra contribución luterana, así se nos dice. ¿Contribución para qué? La Federación Luterana Mundial no hizo ninguna contribución —y tampoco puede hacerla—, por lo menos ninguna por la cual sería cambiado el rumbo del Consejo Mundial. Una de las metas de la Federación Luterana Mundial, según su constitución, es cultivar la colaboración en el movimiento ecuménico”, lo que en Helsinki fue cambiado en: “cultivar el interés luterano en la participación en el movimiento ecuménico”. Ya la participación en el Consejo Mundial encierra la condición no sólo de que se acepte su base sino también la libertad de cada miembro de interpretar esta base como mejor le parezca. Así se presenta la cuestión: ¿Puede una iglesia luterana con buena conciencia ser miembro del Consejo Mundial? Con seguridad esto es imposible en tanto que esta base no es interpretada en el sentido de que sean excluidas aquellas iglesias que consideren la fe trinitaria como no obligatoria para la iglesia. ¿Qué hizo la Federación Luterana Mundial para exponerlo claramente? Nada. Por el contrario “cultiva” la calidad de socio, y de facto las iglesias de la Federación Luterana Mundial sostienen la calidad de socio en el Consejo Mundial. De sus propias iglesias la Federación Luterana Mundial espera que tomen en serio su base doctrinal, que dice ahora: “La Federación Luterana Mundial reconoce la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento como la única fuente y norma infalible de toda doctrina y práctica eclesiástica, considerando las tres confesiones ecuménicas y las confesiones de la iglesia luterana, especialmente la confesión inalterada de Augsburgo y el catecismo menor de Lutero, como correcta interpretación de la Palabra de Dios”. Fuera de la limitación lamentable al catecismo menor que teológica y prácticamente es inseparable del mayor,

esta base debiera ser satisfactoria para cada iglesia luterana, si se entiende como base doctrinal tal como fue entendida por el Convento de antes. Esto se entendía cuando fueron excluidas iglesias en las cuales la Invariata no era la única doctrina pública. En tal federación debiera existir la posibilidad de una segunda forma de asociación para agrupaciones de luteranos sinceros que viven en una iglesia de la unión en la cual son toleradas también otras doctrinas. Pero iglesias que no toman las confesiones luteranas como la única base doctrinal no podrían ser admitidas. Esto, sin embargo, se hizo en el caso de las iglesias de Brasil, Italia y algunas otras más. La Iglesia de Pomerania podría haber vuelto a la iglesia de sus padres luteranos. Pero entonces no podía quedar miembro de la “Iglesia Evangélica de la Unión”. La admisión de la Iglesia de Batak, antes de que ésta había aceptado la Confesión Inalterada de Augsburgo y el completo Catecismo Menor, era una violación terminante de la constitución. Podemos simpatizar con esta iglesia que es una hija de misión unida de Barmen. Se puede tratar de encontrar medios y caminos para la subvención moral y financiera de ellos. Pero tomar su confesión no-luterana como sustituto de la Confessio Augustana, esto debiera ser imposible. Pues esta confesión de ellos contiene doctrinas sobre los sacramentos que no armonizan con el catecismo, y calla en cuanto al oficio de las llaves. Sólo por motivos político-eclesiásticos esta iglesia fue admitida y en seguida se le dio parte en la dirección de la Federación Mundial. Esta violación grave de su constitución tendrá consecuencias de gran alcance para ella. Pues ahora exigirán ser admitidas también iglesias en otros continentes que se encuentran en la misma situación.

El grito por nuevas confesiones va por el mundo protestante, inclusive el luteranismo. Esto llevará al luteranismo a la misma situación en que se encuentran los anglicanos y reformados en los campos de misión: La confesión de la Iglesia Luterana que antes mantenía juntos no sólo a los luteranos de cierto tiempo, sino que unió también a la iglesia del tiempo presente con los padres y los verdaderos confesores hasta el fin del mundo, esta confesión se disuelve, como fue disuelta también en la iglesia anglicana y la mayoría de las iglesias reformadas. Permanecerá siendo un monumento

histórico de una iglesia muerta, el resto de una gran tradición cuyo tiempo ha pasado. La iglesia luterana desaparecerá siendo absorbida por la gigantesca iglesia ecuménica del futuro. El Dr. Clifford Nelson ya le ha pronunciado en Helsinki su oración fúnebre sobre el texto Fil. 2:5-11: “¿No debe la Iglesia Luterana aceptar en esta hora la forma de siervo sabiendo que las estructuras institucionales están destinadas a morir? Solamente cuando nosotros y las demás iglesias seamos obedientes hasta la muerte, Dios nos exaltará y revelará con esto al mundo a su siervo, la una iglesia, santa, católica y apostólica. A la iglesia de Filipos y a nosotros dice Pablo: “haya, pues en cada uno de vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.” Tal vez es esto lo que Cristo dice hoy a la Iglesia Luterana. (Helsinki, Informe pág. 295). Pero no es Cristo el que dice esto. Es sólo Ginebra la que habla aquí. Y la misma idea puede escucharse domingo a domingo en cientos de sermones ecuménicos.

III

Sabemos que todavía hay muchos fieles luteranos, también en las iglesias que forman parte de la Federación Mundial. No queremos creer que nuestras iglesias sean una presa del espíritu malo de un ecumismo que no tiene nada que ver con la ecumenicidad de la Iglesia, sino que es una enfermedad espiritual que destruye aquello de que vive la Una Sancta, la autoridad de la Palabra de Dios y de los sacramentos instituidos por Cristo. Sabemos cuán grandes son los peligros para nuestras iglesias como para todas las iglesias. Si nuestros obispos y presidentes ya no son guardianes de la doctrina, entonces que se vayan. Dios los juzgará. Si nuestros profesores ya no son maestros de la Palabra de Dios sino charlatanes que en su imaginación y engreimiento opinan que todos los problemas de la Iglesia podrán ser resueltos por medio de discusiones, que sigan discutiendo. Pero nadie debe esperar de nuestras congregaciones que paguen los inmensos gastos de sus reuniones que no producen nada más que documentos de papel con que no se sirve a nadie y que un año después ya son anticuados. Queremos recordar a nuestros profesores la palabra de Lutero: “Non in doctrina, sed

in disputatione veritas amittitur!” (no en la doctrina sino en la discusión se pierde la verdad). . . Y si en este tiempo del relativismo dogmático y de la incredulidad se avergüenzan de la doctrina de su iglesia, entonces queremos recordarles el coraje de Lutero que se atrevía a resistir al escepticismo de este hombre que en aquel tiempo era el locutor de la cultura y sabiduría europea, con las palabras: “*Spiritus Sanctus non est scepticus.*”

Ningún teólogo moderno comprende esta ‘certitudo’ en la fe de Lutero. Nosotros los hombres de un tiempo lleno de escepticismo y de dudas estamos inclinados a interpretar mal esta certitudo como *securitas* y capricho (obstinación). Hemos visto a tantos herejes y sectarianos que difícilmente podemos distinguir entre un sectario y un reformador. El sectario confía en opiniones humanas que él proyecta a la Biblia, estando convencido siempre de sí mismo. El reformador nunca se considera infalible, sino que confía exclusivamente en la Palabra escrita, sabiendo que esta palabra tiene profundidades insondables que ningún espíritu humano puede comprender, que entonces la interpretación de esta o aquella palabra, de este o aquel libro bíblico puede ser equivocada o insatisfactoria. Por eso Lutero dedicó una vida entera al estudio de las Escrituras corrigiendo constantemente su interpretación y traducción y buscando el consejo de otros. Pero por medio de tal estudio de las Escrituras llegó a estar convencido de la *claritas scripturae*.

En todas las cosas en que se trata de nuestra salvación, la Escritura es clara, explicándose a sí misma, y no se precisa para su interpretación un ministerio infalible. Pues el Espíritu Santo habla en la Escritura. Es esto lo que la Escritura afirma de sí misma, lo que también Cristo enseñó al citar las Escrituras. Es la fe de los apóstoles y de toda la Iglesia que en las grandes confesiones ecuménicas confiesa con respecto al Espíritu Santo lo siguiente: “*Qui locutus est per prophetas.*” La historia del Niceno demuestra lo que significa esto y su expresión “*secundum scripturas*”. “*Ubi Spiritus Sanctus, ibi Christus*”. Donde está el Espíritu Santo, allá está Cristo, y viceversa. Esto es un principio teológico del Nuevo Testamento. En las Escrituras habla Cristo mismo, como también toda la Escritura da testimonio de Cristo. Esto es la causa por qué

la Escritura se interpreta a sí misma. La claridad de la Escritura es de ninguna manera la claridad de un compendio de matemática, tampoco se trata de una claridad de tal modo como la esperamos encontrar en una obra moderna de historiografía occidental. Es la claridad con que el Espíritu Santo habla a aquellos cuyos oídos ha abierto: "El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias." . . .

El protestantismo moderno no comprende la Reforma y su doctrina de la claridad de la Sagrada Escritura, porque no cree más en su inspiración. De esto resulta el continuo coquetear con la "tradicción" de la iglesia como una otra forma de la Palabra. El motivo por qué la teología moderna no comprende más la inspiración, es que no comprende más al Espíritu Santo. Es realmente asombroso que aun grandes teólogos de nuestro tiempo rechazan la inspiración por el solo hecho de que la formulación escolástica de esta doctrina en la ortodoxia de los padres ya no puede mantenerse. En otras cuestiones pueden distinguir bien entre un dogma de la Iglesia y la terminología teológica en que está envuelto. ¿Por qué no aquí?

Todo esto llevó a una situación en la cual parecen estar de acuerdo con Erasmo los católicos y protestantes, anglicanos y luteranos, de aquel Erasmo que rechazó las firmas "asertiones" de Lutero y que debía escuchar como respuesta de Lutero lo siguiente: "Tolle assertiones et tulisti Christianismum". Quita las afirmaciones dogmáticas y habrás quitado la fe cristiana. Aquí se hace evidente la enfermedad mortal que sobrevino a todas las iglesias, Roma incluida. Es tal vez la sorpresa más grande en la historia eclesiástica de nuestro tiempo, que aun la roca de San Pedro comienza a desmoronarse bajo las sacudidas del terremoto de esta era revolucionaria. Para muchos protestantes esto es un motivo de satisfacción. Se sienten justificados en su negación liberal de dogma, disciplina y autoridad. . .

Pero hay una analogía notable entre el colapso de la autoridad de la iglesia en el catolicismo romano y el de la Sagrada Escritura en las iglesias anglicanas, presbiterianas, reformadas y luteranas, para no hablar del resto del mundo protestante. Una de las realidades verdaderamente ecuménicas en el cristianismo de nuestros días es la experiencia común de

una gran calamidad existente en todas las iglesias por igual. Todas parecen sufrir de la misma enfermedad, que se hace evidente en la pérdida de sustancia dogmática como también en la incapacidad de sus hombres dirigentes para mantener la disciplina y obediencia, en el fracaso del pueblo cristiano y de sus pastores en cuanto a confesar sin miedo su fe, y si fuese necesario, a sufrir por ella, en la opinión orgullosa de nosotros los teólogos de que podían ser resueltos todos los problemas de la Iglesia por nuestras discusiones verbosas o nuestros escritos creadores. ¿Qué es lo esencial de esta enfermedad y que podrá suceder para remediarla?

IV

Para comprender esta enfermedad haremos bien mirando hacia aquel tiempo en que la Iglesia tuvo que aguantar experiencias semejantes. En tales tiempos la causa de Cristo siempre parecía estar perdida en el mundo. Se quebrantaron los corazones en la Iglesia. Los primeros cristianos derramaron lágrimas al ver la caída de tantas antiguas instituciones eclesiásticas. La única intención de los reformadores era la de salvar la iglesia de la ruina completa que ya había comenzado con la pérdida de la autoridad papal alrededor del año 1300.

En este tiempo Lutero descubrió las olvidadas verdades bíblicas de la Iglesia. La historia de la Iglesia no es simplemente el avance del pueblo de Dios de una victoria a la otra. . . "Fulget crucis mysterium". Es cierto que la cruz es el signo de la victoria, pero la victoria del Cristo crucificado. Pues como crucificado, él sigue siendo el Cristo "estauromenos", como Pablo lo llama (1 Cor. 1:23; 2:2; Gál. 3:1). La forma del perfecto indica un proceso continuo, es decir no sólo "staurotheis" (aoristo) como es llamado para expresar lo singular del acontecimiento histórico, como p. ej. en el Niceno. También en su resurrección, ascensión y su estar a la derecha del Padre, Cristo sigue siendo el crucificado. También en el sacramento nos da su cuerpo crucificado y glorificado y su sangre derramada en la cruz. El triunfo de Cristo es siempre el triunfo del crucificado, oculto bajo la cruz para ojos humanos ("Cruce tectum") y así lo son tam-

bién las victorias de su iglesia. Ya en el siglo 4 los cristianos serios se preguntaron con asombro si la victoria de Constantino en la batalla frente a Roma realmente había sido una victoria de Cristo. Cuando en Francia fueron asesinados miles de protestantes en la noche de San Bartolomé de 1572, el papa celebró este acontecimiento, después del primer choque, con un solemne Te Deum como victoria de la Iglesia. Hoy no duda nadie de que esto era un error. Todos nosotros sabemos que Cristo triunfa también en la muerte de sus santos. Pedro y Pablo han conquistado a Roma no por la conversión de Nerón ni por la conclusión de un concordato con él sino por su muerte de mártires. Así es la historia de la Iglesia, la historia del “victorioso ejército de los mártires” como cantamos en el Te Deum.

Esta historia es... una batalla enorme entre Dios y su adversario. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12). Esto lo sabían los apóstoles cuando advertían a las congregaciones contra Satanás y sus ángeles. ¡Qué terrible potencia sobrehumana, espiritual debe haber estado detrás de Mahoma para que le fuera posible arrancar de Cristo a la mayoría de los cristianos del cercano oriente y transformarlos en musulmanes! Nuestros padres siempre se sentían conmovidos por esta suerte de la Iglesia en aquellos países donde la Iglesia tuvo su primer hogar. Ellos temblaban frente al misterio del “anticristo oriental”. ¿Y nosotros pensamos como lo hicieron los obispos del 2º Vaticano que por medio de un diálogo ingenuo con estos hombres amables podríamos de nuevo llevar a la Iglesia los millones de partidarios del Islam que actualmente es una de las religiones del mundo que crece más rápidamente? Todos nosotros, católicos y luteranos, anglicanos y presbiterianos, podríamos aprender de Lutero lo que quiere decir al cantar en el himno: “Con furia y con afán acósanos Satán; por armas deja ver astucia y gran poder: Cuál él no hay en la tierra”. Y aunque nuestra ecumenicidad aún no haya avanzado tanto que podamos cantar juntamente el himno de Lutero y meditar juntamente la doctrina profunda de Lutero sobre el anticristo, el “homo religiosus”

que se sienta a sí mismo en el lugar que corresponde solamente a Cristo, dónde y cuándo esto pudiera ocurrir: entonces, por lo menos volvamos a la Biblia y escuchemos atentamente las advertencias de nuestro Señor Jesucristo mismo (Mat. 24:4-15) y de los santos apóstoles Pedro (1 Ped. 5:8), Pablo (2 Cor 11:13 ss.) y Juan (1 Juan 4:1 ss.). La historia eclesiástica no la puede entender nadie sin tener conocimiento del anticristo que siempre de nuevo se presenta en las formas más diversas dentro de la Iglesia... Nadie de nosotros está seguro contra su arte de persuasión, a lo menos que usemos las armas de las cuales Pablo habla en Ef. 6.

Hermann Sasse
Trad. F. L.

¿QUE SIGNIFICA EN LA PRACTICA LA LEALTAD A NUESTRAS CONFESIONES?

(Citado de un comunicado del pres. Dr. J. Preus a sus hermanos en el ministerio)

En estos días en que es tan grande el peligro de que nos apartemos de nuestra verdadera misión, quiero recordar a todos los pastores de nuestro Sínodo la gran necesidad de presentar el evangelio —claramente y sin equívocos— pues esto es precisamente lo que es el evangelio, una proclamación precisa y cognitiva de buenas nuevas, un mensaje bien expresivo y explícito de fundamental importancia para cada hombre. Y vosotros sabéis que la salvación de pecadores perdidos depende de la predicación de este evangelio. Un “evangelio no preciso” no es evangelio de ninguna manera. Cualquier hombre que ha comenzado a leer su Nuevo Testamento sabe que el evangelio es una prédica, una proclamación, de un mensaje muy específico y definido, un mensaje centralizado en Cristo —crucificado, resucitado y ascendido al cielo— y en todo lo que El hizo para salvar al mundo.

Hay, sin embargo, gente que nos dice que el involucramiento de la Iglesia en empresas humanitarias y áreas de